

NOTAS HISTÓRICAS Y GEOGRÁFICAS

Artículos

**EL FLORECIMIENTO DE LA CIVILIZACIÓN BIZANTINA:
LA GRAN “METAMORFOSIS” DEL IMPERIO ROMANO DE ORIENTE (SIGLOS IV-VII)**

THE FLOURISHING OF THE BYZANTINE CIVILIZATION:
THE GREAT METAMORPHOSIS OF THE WESTERN ROMAN EMPIRE (IV-VII CENTURIES)

Mg. Leonardo Carrera Airola

Pontificia Universidad Católica de Valparaíso

carrerairola@gmail.com

Recibido el 07 de noviembre de 2017

Aceptado el 11 de diciembre de 2017

RESUMEN

ABSTRACT

El Imperio Romano no acabó el 476, sino que prolongó su existencia por mil años más en Oriente, donde la civilización grecorromana, lejos de retroceder y evidenciar un declive, halló su culminación. Y es que en esta parte del Mundo Mediterráneo, al mismo tiempo que se salvaguardó la cultura clásica, se enriqueció ese legado gracias a las influencias orientales y al influjo moderador del cristianismo, el cual penetró en todos los aspectos de la sociedad bizantina, tensando la acción de sus ciudadanos y de sus autoridades –tanto temporales como espirituales– por recrear el “Reino de Dios” aquí en la tierra. Floreció así una genuina civilización que siempre se reconoció como la proyección cristiana de Roma y de su cultura en Asia, pero que, a raíz de su misma ubicación geográfica, con el tiempo se helenizó; sostenemos que de un “entrelazo” de tal magnitud fue como se operó la transformación del Imperio Romano Antiguo en un Imperio Griego Medieval. El presente artículo analiza el derrotero de esa “metamorfosis” con el objeto de obtener una mejor comprensión de los orígenes del Mundo Bizantino.

The Roman Empire did not end in 476, but it continued over a thousand years in the West, where the Greco-Roman civilization, far from going back and evidence a decay, reached its fulfilment, since in this part of the Mediterranean world not only kept the classical culture, but also enriched that legacy thanks to the western influences and to the moderating Christian influence, which spread across all aspects of the byzantine society, stressing the action of the citizens and the authorities, both temporary and spiritual, to recreate the “God’s Kingdom”, here on earth. That is how a genuine civilization that was always recognized as the Cristian projection of Rome and its culture in Asia flourished, but because of its geographical location, with time it became Hellenic: it is sustained that after such interlacement, the transformation of the Ancient Roman Empire into a medieval Greek Empire. This article analyses the course of that “metamorphosis” to obtain a better comprehension of the origins of the Byzantine World.

PALABRAS CLAVE: Constantino – Imperio Romano de Oriente – Civilización Bizantina – Justiniano

KEY WORDS: Constantine – Western Roman Empire – Byzantine Civilization – Justinian

Para citar este artículo:

Carrera Airola, Leonardo. “El florecimiento de la civilización Bizantina: La gran “metamorfosis” del Imperio Romano de Oriente (Siglos IV-VII)”. *Revista Notas Históricas y Geográficas*, 19(2) Septiembre - Diciembre 2017: pp.115-139

1. INTRODUCCIÓN

Poco después de la victoria que Constantino (306-337) obtuvo contra Licinio (308-324) en Crisópolis (324) decidió fundar una nueva capital. La elección recayó en una antigua ciudad griega, Bizancio, suscitando la sorpresa y hasta el desconcierto en más de algún contemporáneo, pues este lugar no tenía el peso histórico ni tampoco poseía el prestigio cultural de otras ciudades del Oriente romano como, por ejemplo, Alejandría y Antioquía, por lo demás verdaderas metrópolis frente a las modestas proporciones de la otrora colonia megarense. Pero el emperador sabía muy bien lo que hacía: aparte de su privilegiada ubicación geográfica¹ –en la desembocadura del Bósforo, justo a medio camino entre Occidente y Oriente, entre Europa y Asia–, Bizancio había estado del lado de Licinio durante su conflicto con él, por lo que es probable que Constantino haya querido simbolizar a través de esta elección, como sugiere Andrea Paribeni, la unificación del Imperio Romano –de ahí la proximidad temporal entre su victoria y la creación de Constantinopla, llamada así precisamente en honor de quien había hecho posible la restauración de la unidad imperial–. Si ese fue el móvil que tuvo el emperador para hacer de la antigua Bizancio la “Nueva Roma” –*Nea Rhome*–, entonces ésta, más que el “reemplazo” de la primigenia, habría querido ser su prolongación, vínculo que se buscó estrechar mediante toda una serie de referencias figurativas e institucionales², destacándose, al respecto, los edificios administrativos y de representación del poder –como el Senado, el foro, el palacio imperial y el hipódromo–, además del diseño de una red vial inspirado en el modelo urbanístico tradicional. Todos ellos son elocuentes testimonios materiales de la continuidad que debía existir entre ambas sedes imperiales.

Este nexo también contribuye a derribar aquella imagen que por mucho tiempo ha persistido acerca de la fundación de Constantinopla, y que ha querido ver en su creación un intento premeditado por hacer de la nueva capital imperial un

¹ La situación privilegiada de Bizancio ya había sido anotada por algunos historiadores griegos y romanos del período “clásico”; p. ej., *vid.* la descripción que en el siglo II a.C. nos dejó Polibio en sus *Historias*, IV, 38, o bien la que nos transmitió Tácito hacia el siglo I d.C. en sus *Anales*, XII, 63.

² Andrea Paribeni, “Costantinopoli”, en *Il Medioevo. Barbari, cristiani, musulmani*, coord. Umberto Eco (Milano: EncycloMedia Publishers, 2010), 568.

centro cristiano desde sus cimientos, en claro contraste con la Roma pagana³. El hecho que justamente desde Constantino se haya puesto en marcha la cristianización del Imperio no hizo sino alimentar este “mito”, y si bien algo tiene de razón, lo cierto es que simplifica demasiado el “por qué” de los acontecimientos. De la época de este emperador, inclusive, los únicos exponentes de una arquitectura cristiana datados con seguridad no son más que tres edificios: la iglesia de Santa Irene y las basílicas de San Mocio y de San Acacio. Ni siquiera la iglesia de los Santos Apóstoles –que estaba conectada a su mausoleo– o la misma Santa Sofía habrían sido obra de él, sino de su hijo Constancio II (337-361). Por tanto, la presencia de complejos eclesiásticos en la nueva capital fue bastante limitada al comienzo, y solo gradualmente experimentó una cristianización de su espacio, proceso de redefinición que se prolongará hasta muy entrado el siglo V, cuando adquiera las características definitivas que la harán el centro de la cristiandad oriental.

En realidad, la principal y más urgente preocupación de Constantino, así como de sus sucesores, era exhibir –sin dejar espacio a dudas– la transmisión del poder imperial por Roma a Constantinopla a través de toda una escenografía monumental, que además de ser la manifestación tangible de su reciente categoría imperial –cuya fisonomía urbana debía justificar ser digna de tal denominación–, hizo de la nueva capital –al reunir una de las más completas colecciones de estatuas y grupos escultóricos célebres de la Antigüedad– un verdadero “museo a cielo abierto”. La misma espina –o *euripo*– del hipódromo, por ejemplo, fue decorada con numerosos conjuntos estatuarios que provenían de diversas y lejanas ciudades. Qué decir de aquella columna ubicada en el foro y que en su cumbre sostenía una estatua de bronce de Constantino, quien, por cierto, aparecía representado con las características de una deidad pagana, Apolo Helios. Habrá que esperar hasta mediados del siglo XII para que el emperador Manuel I Comneno (1143-1180) tome la decisión de remplazarla por una cruz luego de que cayese a raíz de una tempestad.

³ La invención de esta tradición se ha de atribuir a la historiografía cristiana tardoantigua, como se colige, p. ej., de la lectura de Agustín de Hipona en su *De civitate Dei*, V, 25, o de su discípulo, Paulo Orosio, quien reafirma esta apreciación en su *Historiarum adversus paganos libri septem*, VII, 28. Esta idea de Constantinopla como una ciudad cristiana desde sus fundamentos echó profundas raíces, a tal punto que fue seguida por una parte importante de la crítica moderna; *vid.*, p. ej., Enrique Pascal, “Introducción al espíritu de Bizancio”, en *Primera Semana Bizantina* (Valparaíso: Universidad Católica de Valparaíso, 1958), 6.

Pese a los esfuerzos de Constantino y de sus sucesores por hacer de Constantinopla la Nueva Roma –inaugurada oficialmente el 11 de mayo de 330–, recién a fines del siglo IV pudo ser reconocida como efectiva sede del poder soberano, no solo en razón del renovado aspecto de su fisonomía, sino también gracias a la enérgica acción del emperador Teodosio (379-395), quien a diferencia de su predecesor en el gobierno del Oriente romano –Valente (364-378), muerto a manos de los godos en Adrianópolis el 378–, logró contener, no sin dificultades y contando además con la ayuda de generales francos, la presión de los pueblos germánicos sobre los Balcanes. Durante todo el siglo siguiente, la hábil política exterior de sus descendientes en la parte oriental del Imperio –sumado a su mayor cantidad de recursos para hacer frente a la presencia cada vez más incontenible de las *gentes externae* sobre el *limes*– hará que ésta consiga, junto con mantenerse en pie como un estado centralizado, gozar de una prosperidad y tranquilidad que contrastará abruptamente con la realidad que por ese mismo entonces exhibirá la órbita occidental, cuyas provincias sucumbirán ante la embestida bárbara, debiendo presenciar la constitución de reinos germanos que pusieron fin al poder unitario del Imperio Romano.

En otras palabras, correspondió a una nueva familia imperial, la dinastía teodosiana (379-518), la consolidación de Constantinopla en su papel de capital. De hecho, la decisión de Teodosio referente a que el Imperio fuese dividido entre sus dos hijos una vez que muriese (395) –confiándole a Arcadio (ca. 377-408) el Oriente y a Honorio (393-423) el Occidente–, no hizo más que contribuir a afirmar la importancia de Bizancio por su mejor capacidad de resistencia frente al problema bárbaro. Ahora bien, esta disección no suponía, en estricto rigor, que el imperio dejara de ser uno; “en el pensamiento de Teodosio y de sus contemporáneos, solo debía ser gubernativa, ya que seguía subsistiendo la unidad del Imperio por la correspondencia y la armonía que debía darse entre ambas partes. Pero, en el hecho, las fuerzas históricas que operaban en una y otra parte la hicieron cada vez más profunda y persistente”⁴.

⁴ Héctor Herrera Cajas, *Antigüedad y Edad Media. Manual de Historia Universal* (Santiago de Chile: Ed. Academia Superior de Ciencias Pedagógicas de Santiago, 1983: Tomo I), 93.

En realidad, la pérdida de la unidad del Mundo Mediterráneo ya se arrastraba desde el gobierno de Valentiniano I (364-375), quien antes de Teodosio había promovido una verdadera división del Imperio al encomendar la supervisión del Oriente a su hermano Valente mientras él se hacía cargo del dominio de Occidente. Vemos así que esta repartición, como sostiene Filippo Carlà, además de prefigurar la escisión del año 395, en la práctica fue la que “dio vida a dos realidades institucionales claramente diferentes”⁵. Por tanto, la auténtica novedad de lo ocurrido tras la muerte de Teodosio fue que Oriente, al rechazar la regencia de Estilicón (ca. 365-408) –que, en los planes del fallecido emperador, probablemente debía ejercerse sobre ambas mitades–, puso definitivamente término a una figura que asumiera para sí ambas coronas.

* * *

El distanciamiento entre Oriente y Occidente estaba sentenciado a no tener vuelta atrás, y, con todo, aún en el siglo VI es posible hallar personas que se rehúsan a creer que este proceso sea irreversible, haciendo un esfuerzo sobrehumano por detenerlo. Es más, la sexta centuria está eclipsada por la sombra de una figura de excepcional importancia para todo el espacio mediterráneo, que personifica las motivaciones e ideales de su mundo y de su época, cuyo mayor sueño era, precisamente, restaurar la antigua unidad del Imperio Romano. Se trata del emperador Petrus Sabbatius (ca. 481-565), más conocido por el nombre que él mismo adoptó: Justiniano.

Durante los treinta y ocho años de su gobierno, hizo lo imposible por llevar a cabo esta ambiciosa empresa, y que significó un enorme sacrificio humano y financiero al tener que sortear las complicaciones naturales que suponía restablecer los antiguos límites imperiales; prolongadas y desgastantes campañas se fueron sucediendo una tras otra en pos de reconquistar las provincias occidentales en manos de los bárbaros arrianos –para entonces, por esta misma razón, profusamente germanizadas–.

⁵ Filippo Carlà, “La disgregazione dell’Impero romano”, en *Il Medioevo...*, 43.

Lo primero que tuvo que hacer para poner en marcha este plan fue resguardar la frontera oriental, pues, cuando asumió como emperador, el Imperio se encontraba en guerra con los persas sasánidas. Así, en 532 firmó una “paz perpetua” con el rey Cosroes (531-579) al precio de una onerosa indemnización, pero para Justiniano la oportunidad que le ofrecía esta acción era mucho mayor que el costo, ya que dejando de ser una amenaza aquel frente, podía volver la vista al oeste y concentrar todas sus energías en la reconstrucción imperial de Occidente. Ahora bien, lo cierto es que de “perpetua” esta tregua no tuvo nada; ni siquiera había pasado una década cuando los persas transgredieron el tratado (540), y, por más de veinte años, complicaron en varias oportunidades a los romanos, infligiéndoles no solo deshonrosas derrotas al ejército imperial, sino también mancillando el prestigio del emperador, venido abajo especialmente cuando se vio forzado a comprar la paz (561) por un período de cincuenta años luego de comprometerse a pagar una exorbitante suma anual que, en los hechos, como señala Tullio Spagnuolo Vigorita, convirtió a Constantinopla en tributaria de los persas⁶. Un pacto tan humillante para una de las partes difícilmente iba a poder prolongarse por el tiempo estipulado, de manera que en 572, ahora bajo la iniciativa del sobrino de Justiniano, el emperador Justino II (565-578), se reinició el conflicto entre ambos imperios hasta que fue interrumpido en el siglo VII por el fulminante avance de la civilización islámica; los árabes ocuparon los territorios persas para luego hacerse con gran parte de las ricas provincias orientales del Imperio Romano –Siria, Palestina, Egipto y el Sur de Asia Menor–, las mismas que habían hecho de la capital un verdadero emporio comercial e industrial.

De cualquier modo, habiendo solucionado momentáneamente el problema persa en 532, Justiniano pudo dar riendas sueltas a una intensa actividad bélica en la región occidental del Mediterráneo, y su primer objetivo fue el reino vándalo en el África septentrional, confiándole la dirección de la misión al general Belisario (ca. 500-565), quien logró terminar con esta monarquía en 534, además de recobrar las islas Baleares, Córcega y Cerdeña. Con una victoria así de significativa, Justiniano debió convencerse que su sueño era posible de hacerse realidad. Por lo mismo, ahora el desafío debía ser nada menos que recuperar la península itálica de manos de los ostrogodos –la llamada “Guerra Gótica”–. Gracias, una vez más, al hábil tacto político

⁶ Tullio Spagnuolo Vigorita, “Giustiniano e la riconquista dell’Occidente”, en *Il Medioevo...*, 84.

y militar de Belisario, en pocos años prácticamente toda Italia fue ocupada por las tropas romanas⁷, si bien correspondió al eunuco Narsés (ca. 479-ca. 574) quebrantar la reorganización goda en tiempos del rey Totila (541-552), sellando la reconquista de esta provincia el año 562. Justiniano también envió un ejército al mando de Liberio (¿465?-¿554?) contra el reino visigodo⁸; es cierto que aquí no tuvo resultados tan prometedores como los anteriores, pero tampoco deja de ser digno de mérito que recobrase el sureste de Hispania (552).

Luego de treinta años en permanente estado de guerra, otra vez el Mediterráneo –o al menos casi todo, pues los francos siguieron siendo los amos y señores de la Galia– podía volver a ser llamado *mare nostrum*. Sin embargo, la reconstitución de la unidad política de Occidente estaba destinada a desaparecer, y lo hizo más pronto de lo que cualquier romano –especialmente un nostálgico como Justiniano– hubiese querido: una Italia en ruinas por decenios de conflictos entre ostrogodos y romanos, período durante el cual ambos debieron invertir una enorme cantidad de energías y de recursos que no hizo más que desgastarlos, abonó el campo para que aquí se instalara sin mayor dificultad otro pueblo germánico, los lombardos (568); conducidos por su rey Alboino (ca. 560-572), en pocas décadas redujeron la presencia imperial a ciertos enclaves estratégicos, haciéndose con el dominio de buena parte de la península. Igual de transitoria fue la recuperación imperial del sureste de Hispania; apenas tres años después de aquello, Atanagildo (555-568) inició la reacción visigoda, claro que el restablecimiento de los antiguos dominios de este reino no se consumó sino hacia el año 625. África, finalmente, fue la provincia más estable de todas, llegando a su fin solo como consecuencia de la expansión musulmana (711), si bien cabe reconocer que durante el tiempo que estuvo bajo el gobierno de Constantinopla se vio expuesta a continuas rebeliones incitadas por los mauros que, por lo demás, fueron contenidas a duras penas. ¿El resultado? Una región con una población escasa y empobrecida.

Los efímeros frutos que arrojó la reconquista de Justiniano nos revelan que su proyecto era para entonces una causa perdida. Quizás en el fondo él ya lo sabía o bien lo intuía, pero estaba enamorado de la ancestral grandeza de Roma, y ese hecho

⁷ Cf. Jordanes, *Getica*, XXXIII, 170-172, LIX, 304-306, LX, 307-313.

⁸ Vid. *ibid.*, LVIII, 303.

no lo dejó pensar de manera lógica y racional; simplemente no quiso ver la realidad: que la edad imperial como lo había sido en el Mundo Antiguo era definitivamente parte del pasado. Desde esa perspectiva, bien podría concebirse a Justiniano como el *último* exponente de ese mundo.

Pero este patriotismo a prueba de todo, por más loable que sea, terminó costándole muy caro al Imperio Romano. Y es que haber concentrado ingentes esfuerzos bélicos en Occidente no solo lo debilitó por la abrumadora suma de recursos financieros que requirió sacar adelante este proyecto, sino que además significó descuidar los otros frentes, justamente aquellas áreas donde todavía se podía luchar por un objetivo “real” y con mayores posibilidades de éxito, pero que por esta razón se transformaron en una nueva empresa incierta y, a la postre, en otro fracaso más; nos referimos a la ocupación de la zona balcánico-danubiana por sucesivas incursiones de pueblos bárbaros. La primera amenaza provino de los hunos kútriguos, hacia mediados del siglo VI, siquiera repelidos con grandes sumas de dinero –llegaron a poner en aprietos a la misma capital el año 559–. En cualquier caso, más determinante fue, desde el último cuarto de aquella centuria, el establecimiento de ávaros y eslavos –seguido posteriormente de los búlgaros–, debido a que se trató de una instalación que, además de desequilibrar la estabilidad del Imperio, terminó teniendo un carácter permanente, a tal extremo que éste debió dar por perdidos aquellos territorios en el siglo siguiente, lo que significó que ya no dispusiera de una región cuya principal característica era la productividad de sus campos y la prosperidad de sus ciudades, debilitándose aún más.

Pese a no haber obtenido los resultados deseados, Justiniano pudo morir tranquilo, creyendo en el éxito rotundo de lo que creía una verdadera “reparación histórica”. De seguro, por lo mismo, tenía la certeza que su nombre, al estar vinculado a tan magna empresa, sería recordado para toda la posteridad, pero quizás nunca imaginó que en realidad su mayor trascendencia se debería a otra de sus obras, justamente por el hecho de ser la más duradera de todas, y que también es muy expresiva del patriotismo sincero de Justiniano: la codificación del derecho romano, uno de los patrimonios intangibles más preciados que nos ha legado la *Romanitas*, al haber sentado las bases de la organización jurídica de buena parte de nuestra civilización occidental.

Esta recopilación fue un hecho inédito en la lengua historia de Roma, estado que por mucho tiempo careció de una compilación oficial de sus normas, situación que ya lamentaba Cicerón (106-43 a.C.) en su *De legibus*⁹, y que solo vino a repararse casi al final de la Antigüedad Tardía. El primero en emprender una codificación oficial fue el emperador de Oriente, Teodosio II (408-450), el mismo que para resguardar la seguridad de la capital imperial la rodeó de una nueva e imponente muralla de casi siete kilómetros de largo y flanqueada por noventa y seis torres de hasta veintitrés metros de alto –con esta construcción podemos decir que Constantinopla asumió su fisonomía definitiva–. La compilación se conoce como *Codex Theodosianus* –“Código teodosiano”–, pero estuvo bastante lejos de parecerse a la labor legislativa de Justiniano, pues la recolección del material jurídico llevada a cabo fue muy parcial, limitándose únicamente a las leyes imperiales promulgadas desde Constantino en adelante –clara muestra de un intento deliberado por apuntalar la cristianización del Imperio a través del derecho–. Es decir, este *codex* no tuvo el carácter global ni unitario que sí se propuso la recopilación justiniana: agrupar en una sola compilación todas las normas que hasta entonces se encontraban dispersas en múltiples fuentes. En consecuencia, si el patrimonio legal recogido solo se hubiese limitado a la empresa encargada por Teodosio II, la posteridad no habría conocido más que una mínima parte del derecho romano¹⁰, cuyo estudio –y este alcance es bastante interesante– no viene directamente de Roma misma, “sino de Roma a través de Bizancio”¹¹. De ahí, en buena medida, la importancia histórica que reviste la obra de Justiniano en este campo: hizo posible la preservación y transmisión de la cultura jurídica latina al porvenir.

La misma expresión con que se conoce su compilación, *Corpus iuris civilis* –“Cuerpo de derecho civil”–, y particularmente el concepto de “cuerpo”, ya nos da la idea de una “totalidad”, si bien es justo reconocer que la recolección y el ordenamiento del copioso material legislativo se efectuó gradualmente y no vio de inmediato la luz como una obra compacta. Lo concreto es que, poco después de haber asumido el poder, Justiniano dispuso la formación de una comisión de juristas

⁹ Cicerón, *De legibus*, 3, 46.

¹⁰ Lucio De Giovanni, “Il diritto romano e la compilazione giustiniana”, en *Il Medioevo...*, 88.

¹¹ Enrique Pascal, “Introducción al espíritu de Bizancio”, 6.

que asumiera el cometido de elaborar un nuevo y definitivo *codex*, trabajo que no solo comportaba recopilar normas, sino además adaptar los textos originales a las circunstancias actuales con el fin de hacerlos plenamente útiles y vigentes.

Para complementar la recopilación de las leyes imperiales, Justiniano encomendó a Triboniano (siglo VI) la compilación de la antigua jurisprudencia –los *iura*–, obra que fue conocida como *Digesto* o *Pandectas*. Por entonces también ordenó la redacción de un manual que, a raíz de estar basado en escritos institucionales previos, fue llamado “Instituciones” –*Institutiones sive Elementa*–, el cual debía tener un uso didáctico, pues estaba dirigido a la juventud deseosa de aprender las leyes para que el día de mañana se desempeñara al servicio de la justicia y del estado. Subdividido en cuatro libros, se trataban de verdaderos resúmenes para los estudiantes de derecho de la Escuela de Beiruth y, especialmente, de la Universidad de Constantinopla –no podemos dejar de destacar que este centro de estudios haya sido fundado en 425 por Teodosio II, ya que Occidente tendrá que esperar siete siglos para presenciar el desarrollo de una institución más o menos similar¹²–.

Otra parte del *Corpus* fueron las *novellae constitutiones* –o “leyes nuevas”– que, como su nombre lo indica, recopiló la producción legislativa más reciente, es decir, aquellas disposiciones que fueron emitidas por Justiniano después de la publicación del *Codex*. Estas constituciones traen consigo una novedad que no solo es temporal sino también cultural: su contenido sigue siendo depositario de la sabiduría jurídica latina, pero su forma es expresiva de la primacía indiscutida que en el Mediterráneo oriental siempre tuvo la tradición helénica. En efecto, la mayoría de ellas fueron redactadas en griego, lo que manifiesta que ya en su época se habría comenzado a dejar de legislar en latín por ser el griego la lengua corriente del Imperio Romano de Oriente.

Esta diferenciación idiomática es perceptible desde sus mismos inicios, como lo testimonia el obelisco de Tutmosis III que el emperador Teodosio I instaló en 390 sobre la espina del hipódromo, el cual ya contaba con una doble inscripción: en latín

¹² José Marín Riveros y Héctor Herrera Cajas, *El Imperio Bizantino. Introducción Histórica y Selección de Documentos* (Santiago de Chile: Centro de Estudio Griegos, Bizantinos y Neohelénicos, 1998), 17.

en el costado sureste, y que daba justamente al palco imperial –o *Kathisma*–, y en griego en el lado opuesto para que pudiera ser leída por el público asistente¹³. En otras palabras, como Bizancio era la continuación natural de la Antigua Roma, el latín asumió el estatus de lengua oficial, pero eso no impidió que el grueso de la ciudadanía dejara de percibirlo como un idioma extraño o, incluso, “extranjero”. Debido a esto, era inevitable que, a la larga, el aparato administrativo del poder terminara por absorber la realidad lingüística predominante de esta parte del Imperio¹⁴.

El principio de bipartición entre una lengua hablada –el griego– y una lengua escrita –el latín– subsistió hasta tiempos de Justiniano. Fue entonces cuando, por utilizar las palabras de Héctor Herrera y José Marín, el patriotismo romano cedió su lugar al patriotismo helénico, pues ahora la lengua griega era la *patrios foné* –el “idioma patrio”–; tremenda vuelta del destino: si bien en su ideario Justiniano era un convencido partidario de la tradición romana –bajo ese espíritu, precisamente, emprendió la reconquista de Occidente y la codificación del derecho latino–, en los hechos es innegable que con él triunfaron las tendencias helenizantes¹⁵. De este modo, podríamos decir que Justiniano no solo sería el *último* exponente del Imperio Romano Antiguo, sino también el *primero* del Imperio Griego Medieval. En efecto, lo que apreciamos en el período que va del siglo IV al VI es un Oriente romano que poco a poco se ha ido transformando en un “Imperio Bizantino”, expresión que se utiliza justamente para destacar la participación de distintas corrientes culturales en la formación de su civilización que, a raíz de esta interacción, fue una de las creaciones más originales del Mundo Mediterráneo en la Antigüedad Tardía y tuvo el mérito de enriquecer la ya inestimable herencia grecolatina.

Los bizantinos, por ejemplo, deben a Roma los principios rectores de su organización política, administrativa, militar y financiera, es decir, los fundamentos jurídicos de su sociedad, como también la vocación universal de su imperio. Es más,

¹³ Paribeni, “Costantinopoli”, 570.

¹⁴ Cf. Pascal, “Introducción al espíritu de Bizancio”, 6.

¹⁵ Héctor Herrera Cajas, “Aproximación al espíritu imperial bizantino”, en *Dimensiones de la Cultura Bizantina. Arte, Poder y Legado Histórico* (Santiago de Chile: Co-edición de la Universidad Gabriela Mistral y del Centro de Estudios Griegos, Bizantinos y Neohelénicos “Fotios Malleros” de la Universidad de Chile, 1998), 266; *vid. tb.* Marín y Herrera, *El Imperio Bizantino...*, 17.

nunca dejaron de afirmar su autoridad sobre el antiguo *Orbis Romanum*, una aspiración que, en último término, involucraba nada menos que el *dominium Mundi*. Es comprensible, por lo mismo, que sus habitantes no solo se consideraran los herederos por antonomasia de los romanos, sino que se sintiesen ardientemente como tales. De hecho, el término “heleno” hasta el siglo X era sinónimo de “pagano” y, en consecuencia, tenía una clara connotación peyorativa; preferían llamarse a sí mismos, con mucho orgullo, “romanos”.

La prolongación de la estructura estatal romana en el Oriente bizantino también explica la persistencia, sobre todo en esta parte del Imperio, de prácticas propias de la tradición antigua frente a su disminución en Occidente conforme nos acercamos a la Edad Media. Nos referimos, en estricto rigor, a la continuación de los espectáculos públicos en la ciudad de Constantinopla, cuyo hipódromo reviste una especial importancia para nuestro análisis, ya que además de estar destinado, como era de esperar, a diversas actividades recreativas y deportivas tan apreciadas por la población desde muy antaño –exhibiciones de animales feroces, representaciones escénicas, carreras de carros y a pie, luchas entre atletas, etc.–, fue utilizado como punto de contacto entre el pueblo y el emperador –a tal grado que estaba unido al edificio imperial–, y muchas ceremonias oficiales se llevaron a cabo al interior de sus dependencias, como la proclamación del soberano o la celebración de algún triunfo militar. Es más, algunas de las competencias allí organizadas, en particular las carreras de carros, tenían una enorme relevancia política, y si bien al comienzo estimularon la formación de facciones deportivas –los verdes y los azules–, a la larga éstas terminaron asumiendo la forma de auténticos partidos político-militares. La realización de estos espectáculos se transformó así en un verdadero “barómetro” que medía la popularidad del emperador, puesto que los asistentes, conscientes de su doble rol como espectadores y partícipes políticos, supieron aprovechar esta instancia para manifestar el apoyo o rechazo a su gestión¹⁶.

Sin duda, uno de los episodios más delicados y expresivos del peligro que comportaba esta catarsis del clamor popular fue la famosa revuelta de *Niká* (532) –llamada así por el grito con que se alentaba a los competidores en las carreras de carros, y que significa “¡victoria!”, siendo además el lema adoptado por los rebeldes

¹⁶ Vid. Alessandra Rizzi, “Feste, giochi e cerimonie”, en *Il Medioevo...*, 275.

durante estos disturbios–, donde verdes y azules dejaron de lado sus diferencias –lo que sucedía muy rara vez– para unirse contra la política fiscal del gobierno de Justiniano. Esta sublevación, que luego se extendió a toda la ciudadanía, llevó al emperador a pensar en abandonar la capital, pero su esposa Teodora (ca. 500-548), mujer fuerte y decidida, lo convenció que, en lugar de huir de los problemas, lo correcto era enfrentarlos¹⁷. Su consejo fue escuchado¹⁸, y Justiniano retomó el control del ejército, ordenando la intervención de dos de sus principales generales en el hipódromo, Belisario y Mundo († 536); la represión dio pie a una verdadera masacre que arrojó el triste saldo de más de 30.000 víctimas fatales.

Retomando el problema de la configuración del Mundo Bizantino, podemos decir que, desde el punto de vista idiosincrático, prevaleció lo helenístico, esto es, la tradición griega revestida de ropaje oriental, como ya lo vimos a propósito de su

¹⁷ El temple de la emperatriz Teodora en la revuelta de *Niká* ha quedado recogido en la pluma de Procopio de Cesarea: “Mientras tanto, el emperador y su consejo discutían acerca de si sería preferible resistir [a los amotinados] o darse a la fuga, embarcándose en las naves. Los pareceres estaban divididos entre una y otra opinión, cuando la Augusta Teodora habló de este modo: ‘A mi entender, no debe de juzgarse improcedente, en un trance como éste, la intervención de una mujer en los asuntos de los hombres, puesto que si ella no habla animosa, a los ánimos deprimidos, no cabe esperar una resolución certera y apropiada a las actuales circunstancias. Y, puesto que la situación ha llegado a un momento decisivo, todos los razonamientos deben encaminarse, cuanto antes, a tomar las medidas necesarias para resolverla. Yo, por mi parte, entiendo que la fuga redundaría en mayor daño para nosotros; ahora más que nunca, aunque en ella encontráramos la salvación. El que ha nacido ilustre, debe saber afrontar la muerte; quien ha ascendido al solio imperial no ha de querer sobrevivir a su dignidad, viviendo en el exilio. Dios no permita que nunca me vea despojada de esta púrpura, o que llegue un día que mi presencia no sea saludada con aclamaciones de emperatriz. Tú Augusto, si prefieres la fuga, puedes hacer lo que te plazca: tienes dinero suficiente; he aquí el mar y he aquí las naves. Pero ten mucho cuidado, no sea que, después de tu huida, se mude tu actual esplendor en una muerte ignominiosa. En cuanto a mí, me atengo al viejo proverbio que dice: *la púrpura es el mejor sudario*’. Con estas palabras la Augusta levantó el ánimo [de los reunidos] y enardeció las fuerzas de todos de tal modo que acordaron unánimes, defenderse si se intentaba el asalto [al palacio]. La mayor parte de los soldados, incluso los palatinos, no eran muy fieles al emperador pero tampoco querían sublevarse abiertamente; aguardaron tan solo el resultado del levantamiento popular. El emperador tenía depositada toda su confianza en Belisario y en Mundo, el primero de los cuales, a causa del alto mando que ejercía en la guerra con Persia, se hallaba rodeado de lanceros y soldados de su guardia personal, gente veterana y probada en los infortunios de la guerra. En cuanto a Mundo, general del Illiricum, había sido reclamada con urgencia su presencia en la Capital, y se acercaba a Constantinopla con un poderoso ejército de *barbari*”, Procopio de Cesarea, *De la guerra de los persas*, I, 24.

¹⁸ Sobre Teodora y su decisivo papel como puntal de Justiniano en la gestión del poder imperial, *vid.* Huguette De Lancker, *Teodora, imperatrice d’Orient* (Milano: Club degli Editori, 1968). Debo el conocimiento de este libro a Namita Bista, a quien agradezco el habérmelo obsequiado.

lengua, y que lo facultó para conservar, estudiar y difundir la cultura clásica a través de todo el Mediterráneo oriental, gracias a que tuvo el cuidado de salvar gran parte de su producción literaria por medio de una profusa copia de sus obras más insignes, expresivo gesto no tanto del vínculo que sentía hacia este legado, sino sobre todo de una identificación con él. La trascendencia histórica de aquella labor es inestimable para la civilización occidental; aunque ésta siempre tuvo conocimiento e interés por aprender lo mejor de los textos antiguos, se especializó fundamentalmente en el estudio y comentario de los latinos, pues aquí sucedió lo contrario al Mundo Bizantino, es decir, el griego fue la lengua que, además de ser importada –y, por ende, nunca haber sido hablada por el común de la gente–, entró en desuso dentro de los mismos círculos intelectuales –como consecuencia de la diferenciación que por estos siglos se operó entre Oriente y Occidente–, y solo algunos eruditos siguieron manejándolo. Así, la llegada de los sabios constantinopolitanos a Italia luego de la caída de su ciudad en manos de los turcos otomanos en 1453, posibilitó que Europa recuperase el interés por la lengua griega y, con ella, por la cultura helénica; el redescubrimiento de sus más importantes monumentos literarios fue crucial para el surgimiento de aquel movimiento intelectual conocido como “Humanismo”, y que al pretender asimilarse a la civilización greco-latina hizo factible la renovación global de los estudios clásicos. En definitiva, lo que queremos decir es que sin la preservación y transmisión de la herencia cultural antigua por Bizancio no se podría explicar el Renacimiento europeo del siglo XV.

Por otra parte, las influencias orientales se logran apreciar en virtud de la magnificencia del ceremonial imperial –tanto a nivel de la corte como de la liturgia– y de la fastuosidad de la vestimenta soberana, entretejida de oro y adornada con piedras preciosas, poderosa herramienta visual que realzaba el carácter sagrado del emperador y de su círculo palaciego. Todo ello nos habla de un Imperio que se dejó seducir por los encantos de la cultura del Próximo Oriente, algo comprensible si consideramos sus extensos límites, y que por el este lo ponían en contacto directo con el mundo persa, la otra gran potencia política del espacio mediterráneo. La primera impresión que uno se podría hacer de esta “bipolaridad”, por cierto, es la de un enfrentamiento constante –al fin y al cabo cada civilización representaba un universo cultural en sí mismo, con una determinada imagen del hombre y del mundo–. Sin embargo, el área fronteriza de ambos imperios fue mucho más que un

campo de batalla; si bien es verdad que las situaciones de conflicto alcanzaron, en ocasiones, una intensidad alarmante, incluso en esos momentos lo que se percibe, más que un choque, es el desarrollo de una sociedad dinámica y cosmopolita, “permeable” a las influencias externas, especialmente en el ámbito de los símbolos y las fórmulas rituales.

Del mismo modo, aquel influjo oriental también provino de su propio espacio vital, pues las provincias bizantinas de esta órbita –como Egipto, Siria, Armenia, etc.–, junto con ser una de las más importantes para Bizancio por su riqueza –de hecho, a ellas se debió, en gran medida, la envidiable prosperidad económica de Constantinopla, al punto que cabe reconocerlas como su dote indiscutida¹⁹–, “correspondían a pueblos con antiquísimas tradiciones culturales, en las cuales los elementos orientales eran predominantes”, de manera que “así como para Occidente hay que subrayar la germanización que se operó en los siglos medievales, para Bizancio hay que recordar la orientalización”²⁰.

Es posible captar, asimismo, la presencia del Oriente en el boato de las recepciones oficiales, y que incluían la puesta en escena de ingeniosos mecanismos con el fin de deslumbrar a las embajadas provenientes de otros pueblos y lugares, ya lo suficientemente maravilladas con la pomposidad usual de la decoración interior del edificio imperial, pero sobre todo con el mágico atractivo de la capital, bullente de actividad comercial y enaltecida por la presencia de suntuosas construcciones que le valieron el reconocimiento, a lo largo de todo el Medioevo, como la urbe más bella del mundo entero. Y es que no debemos perder de vista que Constantinopla era la “Nueva Roma”, razón de sobra para que asumiera la responsabilidad histórica de ser, a la vez, el nuevo centro del orbe; los bizantinos se empeñaron para que también los extranjeros supiesen apreciarlo como tal, y por eso hicieron de ella una ciudad opulenta e imponente, plena de monumentos, soberbios palacios y elegantes iglesias, que “fascinaban a los que la visitaban y encendía la imaginación de sus contemporáneos”²¹.

¹⁹ Vid Tommaso Braccini, “Le province bizantine I”, en *Il Medioevo...*, 96.

²⁰ Herrera, *Antigüedad y Edad Media...*, 110.

²¹ *Ibíd.*, 111.

A Justiniano se debe, de hecho, un extraordinario programa de construcción urbana a lo largo del Imperio, pero sobre todo destinado al hermooseamiento de la capital, a tal grado que se ha llegado a hablar, en términos del nuevo rostro que le confirió a su infraestructura, de la “*renovatio justiniana*”, fruto de su esfuerzo por hacer de ella un testimonio tangible de su utopía política²². La consecución de este objetivo explica que varios de sus edificios reprodujesen el plano de la basílica romana. Sin embargo, sus bóvedas y cúpulas inmensas también exhiben fehacientemente el influjo de Persia, otra muestra más de la mixtura cultural que tanto caracterizó a la civilización bizantina. Esta confluencia de formas y tradiciones diversas, por lo demás, nos indica que también es posible definirla, desde el punto de vista de la historia del arte, como un mundo que, a la vez que conservaba estilos antiguos, creaba nuevas formas. He ahí parte del porqué de su carácter tan genuino.

No deja de ser interesante, por cierto, que sobre esta faceta del gobierno de Justiniano podamos establecer un paralelo entre él y quien fuera el emperador por antonomasia, Octavio Augusto (23 a.C.-14 d.C.): si éste había dicho que, al asumir el poder, Roma solo poseía construcciones de adobe y ladrillo, dejándola convertida en una ciudad de mármol, así también Justiniano podía jactarse de haber encontrado una ciudad con edificios cubiertos por modestos techos para luego quedar revestida de majestuosas cúpulas. Una reestructuración tan extraordinaria de su fisonomía no podía menos que ser promocionada en un escrito que elogiase el ímpetu constructivo del emperador. El encargado de encomiar este rediseño de la capital fue Procopio de Cesarea (ca. 500-ca. 565) en su obra *De aedificiis* (ca. 559) –“Sobre los edificios”–, un tratado con claros tintes panegíricos²³, puesto que su último objetivo era garantizarle a Justiniano la fama eterna²⁴, tal como se colige por sus halagos excesivos. Si Procopio era la persona más idónea para efectuar esta empresa, es porque se trataba nada menos que del historiador oficial de su gobierno²⁵, aunque eso no lo inhibió a que también fuese un mordaz crítico de Justiniano y de su entorno más cercano. Su *Historia Secreta* –o *Historia arcana*– es un buen testimonio de ello, en la que se habría propuesto narrar, según sus propias palabras, lo que antes

²² Vid. Paribeni, “Costantinopoli”, 574.

²³ Al respecto, vid. Averil Cameron, “The scepticism of Procopius”, *Historia*, 15 (1966): 466-482.

²⁴ Giovanni Di Pasquale, “Bisanzio e la tecnica”, en *Il Medioevo...*, 407.

²⁵ También escribió una *Historia de las guerras* (553), donde relatava las campañas que llevó a cabo el ejército imperial al mando de Belisario contra los persas, los vándalos, los ostrogodos y los eslavos.

se había visto obligado a callar: la “verdadera historia” acerca de la persona del emperador, de su esposa y de su círculo palaciego, haciendo de la vida en la corte una trama llena de intrigas y de hechos sórdidos. Ciertamente, ambos textos deben leerse con cuidado, pues en los dos hizo un abuso más que un uso de la hipérbole, de manera que si en *Los edificios* prima el tono laudatorio hacia su protagonista, en la *Historia secreta* hace sobresalir sus rasgos más oscuros y negativos, llegándolo a llamar, inclusive, “el príncipe de los demonios”²⁶.

Entre toda la gama de construcciones –tanto civiles como religiosas– que Justiniano levantó o restauró en el transcurso de su mandato, hay una que destacó por sobre las demás, la iglesia de *Hagia Sophia*. Concebida como una verdadera *civitas Dei* que había descendido al hemisferio sublunar, probablemente no solo se trató de la obra más excelsa y representativa de la arquitectura bizantina, sino de toda la cristiandad medieval, apenas “superada” en el imaginario social con la construcción de San Pedro en la ciudad de Roma hacia el siglo XVI –para entonces, por lo demás, la primera ya había sido convertida en mezquita, por lo que es comprensible que dejara de ser un referente espiritual para el mundo católico–. De ella ha sostenido lo que sigue don Héctor Herrera: “manifestación de la majestad del Imperio, de su carácter universal y de su espíritu cristiano, fue la construcción de la catedral de Santa Sofía en Constantinopla: monumental iglesia consagrada a la *Divina Sabiduría* que ilumina al emperador en su gran tarea de regir el mundo”²⁷.

De planta cuadrada y coronada con una colosal cúpula de 31 metros de diámetro y 55 de alto, esta proeza de la arquitectura aún sigue en pie, ¡después de aproximadamente mil quinientos años! Sin duda el mérito es de sus creadores, Antemio de Trales (ca. 474-ca. 558) e Isidoro de Mileto (siglo VI), quienes hicieron posible la convergencia entre el cuadrado de la planta y la esfericidad de la cúpula gracias al empleo de una novedosa técnica edilicia, las pechinas. Por otra parte, supieron solventar el problema que suscitaba la presión de tan poderosa cúpula a través de grandes contrarrestos que se consiguieron, principalmente, a base de un sistema de semicúpulas de refuerzo, además del empleo de materiales muy ligeros a la vez que resistentes, todo con el fin de disminuir el peso.

²⁶ Procopio de Cesarea, *Historia secreta*, XXII, 26.

²⁷ Herrera, *Antigüedad y Edad Media...*, III.

Si ya el aspecto exterior del edificio era impresionante, su interior diáfano, iluminado por una hilera de ventanas en la base de la cúpula y cubierto de mármoles y mosaicos por todo el rededor, podía sobrecoger a cualquiera. De hecho, esa era precisamente la idea de un contraste tan acusado entre “lo de afuera” y “lo de adentro”: la severa y voluntaria desnudez del exterior quería significar que todavía aquel escenario era parte de la dimensión terrenal, mientras que el resplandor “místico” del interior, brotado del juego de luces entre los inmensos vitrales, los mármoles multicolores y los mosaicos con fondo de oro, daba la sensación de estar en un espacio sobrenatural y trascendente, prefiguración de la Gloria Celeste. En otras palabras, lo que estamos presenciando con la formación del arte cristiano, como sugiere Giovanni di Pasquale, es el florecimiento de una nueva sensibilidad hacia las formas, las estructuras y los decorados que representan el comienzo de la arquitectura medieval²⁸.

* * *

La ciudad de Ravenna, sede del poder regio de los ostrogodos entre 493 y 526, volvió a ser parte del Imperio Romano de Oriente gracias a las victorias obtenidas por el ejército de Justiniano durante la Guerra Gótica, sin duda la empresa más crucial de su proyecto de reconquista. Como previo al interregno ostrogodo había desplazado a Roma en su papel de capital en la parte occidental –una vez que el emperador Honorio decidió instalar allí la corte imperial el año 402–, fue investida como sede del exarcado de Constantinopla en Occidente. Lógicamente, Justiniano tuvo el cuidado de conferirle una fisonomía urbana que simbolizara, por una parte, la recuperación de su categoría imperial, pero también la restauración de la ortodoxia –recordemos que los ostrogodos profesaban una versión heterodoxa de la religión cristiana, el arrianismo–. Así, la ciudad se vio enriquecida con numerosas y despampanantes construcciones eclesíásticas, siendo las más representativas de este período, San Vitale, San Apolinare in Classe y la otrora basílica palatina del rey Teodorico el Grande (474-526), ahora convertida en San Apolinare il Nuovo, todas ellas expresión del espíritu imperial bizantino, de su identidad ideológica y cultural.

²⁸ Di Pasquale, “Bisanzio e la tecnica”, 408.

Detengámonos por un momento en San Vitale, extraordinario ejemplo de la síntesis de lo helenístico, lo romano y lo cristiano, esto es, del genio de Bizancio²⁹. Naturalmente, la arquitectura bizantina no podía escapar a esta realidad y, por lo mismo, su nota característica fue la *confluencia* de aportes e *influencias* provenientes de distintas tradiciones culturales; su planta octogonal halla su prototipo en la arquitectura palacial romana, aunque para entonces se trataba de un modelo también adoptado por numerosos edificios del Cercano Oriente. Para aligerar la cúpula, en vez de ladrillos fue construida con dos capas de caños de cerámica, una práctica procedente del África. El ábside poligonal por fuera y semicircular por dentro del presbiterio –el lugar más sagrado de todo recinto cristiano– se inspiró en una concepción arquitectónica típica de Constantinopla, al igual que buena parte de su espacio interior: las pilastras de forma poligonal –que sostienen el tambor y la cúpula– se alternan con exedras semicirculares, abriéndose hacia un deambulatorio dominado por la tribuna y con triforio, todo lo cual acerca a San Vitale a las más célebres iglesias de la capital imperial, como *Hagia Sophia* y *Hagia Irene* –el templo de la Santa Paz–. Finalmente, la decoración con temas geométricos y vegetales sobre los muros y bóvedas –así como en el intradós del triforio presbiterial– manifiesta las influencias ejercidas por el arte persa sasánida³⁰.

Todos estos monumentos eclesiásticos tienen en común, además de la semejanza de sus formas y decorados, exhibir el triunfo de la Iglesia y ser un reflejo del poder imperial. En efecto, aquel también está presente entre los motivos que ornamentan el interior de San Vitale, particularmente en dos paneles de la parte inferior del ábside y ubicados en frente de sí: en uno vemos a Justiniano acompañado de dos diáconos, del obispo Maximiano (498-556) –portando la cruz–, junto a otros dignatarios y miembros del orden militar; en el otro está la emperatriz Teodora con las damas de su séquito. Vale la pena hacer notar, por cierto, cómo la influencia oriental sobre la corte bizantina queda al descubierto con solo observar el hieratismo de los personajes –logrado mediante un pronunciado frontalismo³¹–, pero también al contemplar la vestimenta que los recubre: “todos aparecen en los mosaicos con

²⁹ Dionisio Zakythinós, cit. por Marín y Herrera, *El Imperio Bizantino...*, 16.

³⁰ Vid. Francesca Zago, “San Vitale a Ravenna”, en *Il Medioevo...*, 581.

³¹ Héctor Herrera Cajas, *Los orígenes del arte bizantino. Ensayo sobre la formación del Arte Cristiano* (Santiago de Chile: Ediciones Universitarias de Valparaíso, 2008), 36.

suntuosos ropajes, que nos permiten captar la magnificencia de las ceremonias imperiales en las que predominaba un riguroso ritual”³².

Tanto Justiniano como su esposa son los protagonistas de la escena, y esa primerísima importancia rápidamente se transmite al espectador en función de la centralidad que ocupan en cada uno de los mosaicos –en otras palabras, ambos actúan como el eje de simetría de la composición, lo que se cumple a la perfección en el caso de Justiniano–. Ahora bien, estas imágenes no pretendían únicamente ser una representación de su poder soberano. De hecho, si poseen tal carácter mayestático se debe a que los emperadores participaban de la Gloria Divina en cuanto líderes de un Imperio para el cual, por sobre todas las tradiciones que convergieron en la formación de su civilización, lo decisivo fue el cristianismo, verdadero fundamento de la ideología imperial bizantina, profundamente comprometida con la defensa y expansión de la recta fe –principio y fin de su vocación universal–. Por eso su misión histórica en la Tierra era nada menos que “llevar a los pueblos bárbaros la luz de la Civilización Cristiana”³³, cometido que también quedó recogido en el mosaico del cortejo de Justiniano, donde se puede apreciar el escudo de un soldado con la inscripción de las iniciales de Jesucristo, claro testimonio de la yuxtaposición operada entre la *pax romana* y la *pax christiana*.

La clámide púrpura del emperador y su diadema resplandeciente de pedrerías, así como la aureola que rodea su cabeza –se trata de otra inequívoca procedencia persa³⁴– reflejan su majestad “divina”, propia de un hombre cuyo papel rector en los asuntos humanos lo hizo ser un representante de Dios en la tierra. De ahí que estuviese revestido de un aura sacrosanta, condición que entonces no se debería únicamente a que hubiese devenido en un típico déspota oriental –*despotés*– ante cuya presencia había que hacer una exagerada reverencia –la *proskynesis*, práctica que fue importada de las monarquías helenísticas–, sino también a que era un bienhechor –*evergetes*–, un amante de Dios –*filotheos*– y, sobre todo, un amante de los hombres –*filanthropos*–, tal como lo era el mismo Soberano Celeste³⁵, cuyo

³² Herrera, *Antigüedad y Edad Media...*, 112.

³³ Marín y Herrera, *El Imperio Bizantino...*, 17.

³⁴ Herrera, *Los orígenes del arte...*, 39.

³⁵ Marín y Herrera, *El Imperio Bizantino...*, 16.

Sacrificio –a través de su Encarnación, Muerte y Resurrección– redimió a la humanidad y le devolvió la esperanza en una Promesa de Salvación.

Dentro de la liturgia cristiana, la Eucaristía constituye el mayor signo de aquella Oblación. Pues bien, ese es precisamente el motivo que convoca a Justiniano, Teodora y a los más nobles dignatarios imperiales a estar presentes en la decoración del presbiterio de San Vitale, ya que toda ella nos habla de la celebración eucarística, es decir, del Sacrificio de Cristo. Los dos paneles imperiales no podían ser la excepción, y en conjunto lo que representan es una procesión litúrgica: mientras Teodora porta el cáliz que se bañará de vino para ser convertido en la Sangre de Cristo, el emperador lleva la patena donde se depositará el pan que será transformado en su Cuerpo.

La activa participación de Justiniano en el momento más importante de la Santa Misa, el ofertorio, revela lo consciente que estaba de la responsabilidad que en materia religiosa comportaba el cargo imperial. De ahí que durante su gobierno, además de aventurarse a la reconquista de los territorios occidentales, a la codificación del derecho romano y a promover un intenso programa de construcción urbana, se esmerase con profundo celo, desde los primeros años de su mandato, a reducir a cenizas los últimos focos que quedaban de paganismo, conforme a su inherente deber de salvaguardar la “recta doctrina”.

Y es que la recuperación de la antigua unidad política necesariamente debía ir acompañada de una unidad religiosa. Por eso el esfuerzo por uniformizar internamente el Imperio incluyó “la imposición de una única forma de cristianismo, como fe ortodoxa, para todos sus súbditos”³⁶. Esto involucró el despliegue de una legislación no solo contra los paganos, sino también contra los herejes y los judíos que, en general, evitó recurrir a penas graves –como la expulsión o la muerte–. Más bien se orientó a inducirlos a la conversión, a excluirlos de los cargos administrativos o a incapacitarlos de su patrimonio. De todas estas medidas, una de las más comentadas por la historiografía ha sido aquella que afectó a los paganos: la supuesta clausura de la famosa Academia de Atenas, según un edicto que Justiniano

³⁶ Pablo Ubierna, *El Mundo Mediterráneo en la Antigüedad Tardía, 300-800 d. C.* (Buenos Aires: Eudeba, 2007), 53.

envió a esta ciudad el año 529. En realidad, solo prohibió la enseñanza de la filosofía y la práctica de la astronomía –en ningún caso dispuso su cierre–, aunque sí es cierto que, a la larga, este dictamen indirectamente terminó forzando la interrupción definitiva de sus actividades³⁷. De cualquier modo, lo anterior no significó el fin de los estudios clásicos en Bizancio, y la filosofía griega continuó cultivándose como algo propio y necesario, incluso por personas consagradas a Dios.

* * *

Una década antes de iniciarse el último cuarto del siglo VI, Justiniano fue despojado de su envoltura corporal, y con su muerte también expiró la grandeza de la que hizo gala por estos años el Imperio Romano de Oriente, un fenómeno que estaría íntimamente relacionado a su proyecto de reconquista, el cual si bien logró ampliar las fronteras, éstas prontamente comenzaron a comprimirse ya en los gobiernos de sus más inmediatos sucesores, Justino II, primero, y Tiberio II († 582) después. Las dificultades financieras –además de la pérdida de numerosos efectivos militares– producto de largas y desgastantes campañas por recobrar el Occidente romano –y luego para mantenerlo–, se vieron pronunciadas por una serie de desgracias: los terremotos que se sucedieron entre 557 y 558, el rebrote de la peste en 558, el permanente fantasma de la hambruna y los frecuentes motines populares. La sumatoria de todos estos hechos contribuyó al debilitamiento interno del Imperio, y redundó en que fuesen varias las líneas de fractura, complicándose aún más las cosas: los ávaros penetraron en la Panonia y empezaron a presionar sobre los Balcanes, los eslavos se establecieron en Grecia, los lombardos se expandieron por Italia, los mauros asaltaron en repetidas ocasiones la provincia africana y, para colmo, se reactivaron los conflictos con Persia.

Los problemas internos que aquejaban a Bizancio supieron ser aprovechados por los persas sasánidas, que retomaron la ofensiva contra su antiguo rival, conquistando Siria, Palestina y Jerusalén (614) –asumida como la patria común de todos los cristianos³⁸–, de donde sustrajeron la reliquia de la Vera Cruz, para luego

³⁷ Vid. Spagnuolo Vigorita, “Giustiniano e la riconquista...”, 82.

³⁸ Cf. Francisco García Fitz, *La Edad Media: Guerra e Ideología. Justificaciones religiosas y jurídicas* (Madrid: Ed. Sílex, 2003), 52.

pasar a Egipto y hacerse con la ciudad de Alejandría en 619. Cuando todo parecía perdido, el emperador Heraclio (610-641), en lugar de capitular, prefirió encarar su destino, enfrentando con energía la amenaza externa, y luego de tres años de campaña en territorio enemigo –mientras persas y ávaros asediaban, en calidad de aliados, Constantinopla (626)–, derrotó definitivamente a los primeros en la batalla de Nínive a fines del año 627. Poco tiempo después recuperó Jerusalén (630) y volvió a poner la reliquia de la Vera Cruz en su lugar –el Santo Sepulcro–, acto que tendrá profundas repercusiones para la posteridad: Heraclio será recordado en la memoria de la Civilización Cristiana como el “primer cruzado”³⁹.

Pese a tan notable triunfo, la guerra contra Persia dejó exhaustos a ambos contrincantes, por lo que abonó el terreno para el fulminante avance de los musulmanes, la nueva y poderosa fuerza político-religiosa que se hizo repentinamente con los territorios del imperio persa tras su derrumbe en 638. Bizancio tampoco escapó a estas conquistas que, sumado al problema eslavo en los Balcanes, redujo la efectividad de su presencia al contorno del Mar Egeo. Triste despertar luego del alegre –pero a la vez fugaz– sueño de Justiniano. Habrá que esperar hasta el siglo IX para contemplar su recuperación de manos de la dinastía Macedónica (867-1059), y que tuvo el mérito de iniciar una nueva fase expansiva-misional, llevando la cultura griega y la religión cristiana a los pueblos eslavos de la Europa Oriental. De esta valiosa empresa ecuménica se originará la Civilización Ortodoxa o Greco-eslava.

Con todo, durante los años que corren desde Justiniano a Heraclio el florecimiento de la civilización bizantina siguió su curso y, de hecho, bajo el gobierno de este último podemos decir que halló su consolidación cuando se operó, en palabras de Tommaso Braccini, “la definitiva helenización del aparato administrativo”⁴⁰, como ha quedado expresado en el mismo título imperial adoptado por Heraclio a partir del año 629: *Basiléus Romáion Pistós en Christo*,⁴¹ y que traducido del griego significa “Emperador de los romanos fiel en Cristo”. A todas luces ya es factible afirmar que estamos ante un imperio “romano por convicción,

³⁹ Vid. José Marín Riveros, *Cruzada, Guerra Santa y Yihad. La Edad Media y Nosotros* (Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso, 2003), 91.

⁴⁰ Tommaso Braccini, “L'impero bizantino fino al periodo dell'iconoclasmo”, en *Il Medioevo...*, 94.

⁴¹ Cf. Herrera, “Aproximación al espíritu...”, 271.

helénico por lengua y cultura, *oriental* en muchas de sus costumbres y sujeto a los imperativos *cristianos*⁴².

En definitiva, podemos concluir que el Mundo Bizantino –con centro en Constantinopla– no solo representó una encrucijada geográfica, a medio camino entre Europa y Asia, sino que emergió como la síntesis de diversas influencias culturales provenientes de Occidente y de Oriente, de manera que su condición de “encrucijada” logró traspasar el ámbito de lo espacial para pasar a conformar parte inmanente de su espíritu, un espíritu que bien podría definirse como “fronterizo” y, por lo mismo, profundamente dinámico a la vez que exquisitamente genuino.

2- BIBLIOGRAFÍA

- Braccini, Tommaso. 2010. L'impero bizantino fino al periodo dell'iconoclasmo”, *Il Medioevo. Barbari, cristiani, musulmani*, coord. Umberto Eco, 91-95. Milano: EncycloMedia Publishers.
- “Le province bizantine I”, *Il Medioevo. Barbari, cristiani, musulmani*, coord. Umberto Eco, 96-99. Milano: EncycloMedia Publishers.
- Cameron, Averil. 1966. “The scepticism of Procopius”. *Historia*, 15: 466-482.
- Carlà, Filippo. 2010. “La disgregazione dell'Impero romano”, *Il Medioevo. Barbari, cristiani, musulmani*, coord. Umberto Eco, 42-46. Milano: EncycloMedia Publishers.
- De Giovanni, Lucio. 2010. “Il diritto romano e la compilazione giustiniana”, *Il Medioevo. Barbari, cristiani, musulmani*, coord. Umberto Eco, 87-90. Milano: EncycloMedia Publishers.
- De Lancker, Huguette. 1968. *Teodora, imperatrice d'Oriente*. Milano: Club degli Editori.
- Di Pasquale, Giovanni. 2010. “Bisanzio e la tecnica”, *Il Medioevo. Barbari, cristiani, musulmani*, coord. Umberto Eco, 407-410. Milano: EncycloMedia Publishers.
- García Fitz, Francisco. 2003. *La Edad Media: Guerra e Ideología. Justificaciones religiosas y jurídicas*. Madrid: Ed. Sílex.
- Herrera Cajas, Héctor. 1983. *Antigüedad y Edad Media. Manual de Historia Universal*. Santiago de Chile: Ed. Academia Superior de Ciencias Pedagógicas de Santiago, Tomo I.

⁴² José Marín Riveros, *Textos históricos: del Imperio Romano hasta siglo VIII* (Santiago de Chile: RIL Editores, 2003), 35; vid. tb. Marín y Herrera, *El Imperio Bizantino...*, 16.

- 1998. “Aproximación al espíritu imperial bizantino”. En *Dimensiones de la Cultura Bizantina. Arte, Poder y Legado Histórico*, 265-280. Santiago de Chile: Co-edición de la Universidad Gabriela Mistral y del Centro de Estudios Griegos, Bizantinos y Neohelénicos “Fotios Malleros” de la Universidad de Chile.
- 2008. *Los orígenes del arte bizantino. Ensayo sobre la formación del Arte Cristiano*. Santiago de Chile: Ediciones Universitarias de Valparaíso.
- Marín Riveros, José y Herrera Cajas, Héctor. 1998. *El Imperio Bizantino. Introducción Histórica y Selección de Documentos*. Santiago de Chile: Centro de Estudio Griegos, Bizantinos y Neohelénicos.
- Marín Riveros, José. 2003. *Cruzada, Guerra Santa y Yihad. La Edad Media y Nosotros*. Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso.
- 2003. *Textos históricos: del Imperio Romano hasta siglo VIII*. Santiago de Chile: RIL Editores.
- Paribeni, Andrea. 2010. “Costantinopoli”, *Il Medioevo. Barbari, cristiani, musulmani*, coord. Umberto Eco, 568-576. Milano: EncycloMedia Publishers.
- Pascal, Enrique. 1958. “Introducción al espíritu de Bizancio”, *Primera Semana Bizantina*, 3-19. Valparaíso: Universidad Católica de Valparaíso.
- Rizzi, Alessandra. 2010. “Feste, giochi e cerimonie”, *Il Medioevo. Barbari, cristiani, musulmani*, coord. Umberto Eco, 274-277. Milano: EncycloMedia Publishers.
- Spagnuolo Vigorita, Tulio. 2010. “Giustiniano e la riconquista dell’Occidente”, *Il Medioevo. Barbari, cristiani, musulmani*, coord. Umberto Eco, 79-86. Milano: EncycloMedia Publishers.
- Ubierna, Pablo. 2007. *El Mundo Mediterráneo en la Antigüedad Tardía, 300-800 d. C.* Buenos Aires: Eudeba.
- Zago, Francesca. 2010. “San Vitale a Ravenna”, *Il Medioevo. Barbari, cristiani, musulmani*, coord. Umberto Eco, 580-582. Milano: EncycloMedia Publishers.

Fuentes

- Agustín de Hipona, *De civitate Dei*, V, 25.
- Cicerón, *De legibus*, 3, 46.
- Jordanes, *Getica*, XXXIII, 170-172, LVIII, 303, LIX, 304-306, LX, 307-313.
- Paulo Orosio, *Historiarum adversus paganos libri septem*, VII, 28.
- Polibio, *Historias*, IV, 38.
- Procopio de Cesarea, *De la guerra de los persas*, I, 24.
- *Historia secreta*, XXII, 26.
- Tácito, *Anales*, XII, 63.